

Dib. CASTILLO.—Madrid.

—Ya no falta más que un cuarto de hora para que empiece el terremoto.
—¡Ah! ¿Sí? ¡Qué bien lo vamos a ver desde esta azotea!

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

===== MADRID =====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

¡Ojo! ¡Aviso! ¡Precaución! ¡Hablar bajo!

Se advierte a los dulces y sabrosísimos lectores y a las elegantes y esbeltas lectoras que hojeen el presente número, que en las páginas centrales, donde aparece un maravilloso y abundante original de nuestro miope colaborador Sr. SAMA hay un número de ciudadanos y ciudadanas, habitantes del Purgatorio, determinado.

Aquel lector o lectora que averigüe el número exacto de los socios que transitan por ese Purgatorio, se les gratificará con 25 pesetas, siendo cuatro los premios que se conceden. Si el número de los que acierten es mayor que el de premios, se celebrará un sorteo entre todos. Para remitir la cifra, es indispensable que se acompañe del cupón.

NOTA.—Los tres perritos que hay en la multitud no se cuentan.

7.—Charada.

—Bueno chico, me voy a mi *segunda cuarta* que mi mujer me tiene preparado un excelente *prima tercia cuarta*.

—Qué bien te cuidas; después te tomaras tu buena taza de café.

—Cá; un vasita de *todo*, y ¡a la cama!

8.—Como ya estoy yo.

500
1000
Extraviado

9.—Charada.

—¿Como está *cuarta segunda* es *segunda prima segunda*?

—Es que le cayó encima un *prima tercera cuarta*.

—Pues señor, esto en vez de un semillero es un *todo*.



SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

10.—Charada.

—Anda, tráeme de *segunda prima segunda segunda* manta y prepárame una mula, que me voy de viaje.

—Está *tercia cuarta segunda tercia prima*.

—Pues mejor; la otra que es más joven, y esta lejos *todo*.

11.—De música.

Pieza de música

NOTA

12.—Charada.

—En ese *prima se dos cuarta* muy bien, porque el dueño pone un gran *segunda tercia* en *segunda prima* a la clientela.

—¿Y donde está ese *prima*?

—En *todo*.



CREMA
Polar

Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTES HERMANOS. — BARCELONA

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.

“EL SELLO DEL BUEN SERVICIO”

UNION RADIO

UN NOMBRE Y UN SELLO
QUE VAN SIEMPRE JUNTOS

Si al comprar vuestro material
dais la preferencia al que lleve

“EL SELLO DEL BUEN SERVICIO”

tendréis la garantía de un material

“UNIÓN RADIO”

y la satisfacción de favorecer las
emisiones.

“EL SELLO DEL BUEN SERVICIO”

no es un recargo, sino un distintivo de las casas asociadas a

“UNIÓN RADIO”



LOS SÍNTOMAS

(UNA CARTA Y UN TELEGRAMA)



QUERIDO PACO:

¡Casi dos años sin escribirte! Disculpame. Esta maldita neurastenia que padezco desde que heredé, va a acabar conmigo. No es que me encuentre muy mal, pero he engordado bastante y esto me preocupa. Además, y ¡asombratel, comienzo a envejecer.

Con toda sinceridad te confieso que no lo esperaba y que me han parecido prematuros los síntomas. No cuento más que treinta y cinco veranos, tres menos que tú, y sabes bien que los cuento todos. Mis cabellos continúan negros, sin necesidad de recurrir a ningún agua más o menos fuerte; mi cuerpo aún conserva la virilidad de los años mozos, y, sin embargo, ayer descubrí la espantosa y cruel verdad. ¡Figúrate! Mis ojos se llenaron de lágrimas de amargura infinita que procuré enjugarme lo más estóicamente posible. Y decidí escribirte. Aunque hoy, ya más sereno, he comprendido que no soy yo únicamente el que envejece; seguramente, envejeces tú también; envejecemos todos. A Tomasito Borrás le ocurre lo mismo. Esto me ha tranquilizado un poco. De todas formas, lo que me sucede es demasiado triste. Me he observado en el espejo durante largo rato; ni una cana, ni la más leve arruga; nada, en fin, que haga descubrir la trágica realidad. ¿Me habrá engañado? Sin embargo, los síntomas... No hay duda. Comienzo a envejecer.

¡Ah! ¡Cómo se van los años y qué cercanos me parecen ahora aquellos días

en que, juntos, empeñábamos nuestros relojes!... ¡Felices horas! ¿Te acuerdas? María Teresa, la Retaco, los toros, los teatros, ¡aquellos bailes del Gran Teatro!... ¿Recuerdas el tacazo que me pegaron en el Palacio del Billar? ¿Fué en el Palacio o en la calle Ancha, en aquel tupi?... No estoy cierto; lo que sí recuerdo perfectamente es que fué en la cabeza. Pues, ¿y el botellazo que me dieron en la Bombilla? ¡Qué delicia! ¡Cómo nos divertíamos! Hoy todo ha cambiado, al menos para mí. Voy al Ritz, al «foot-ball»... Y me

aburro. Porque tú no sabes lo triste que es tener dinero. ¡Suerte, la tuya! Te casaste, tienes siete u ocho hijos, trabajas... En cambio, yo tuve la desgracia de heredar toda la fortuna de mi tío. Y, naturalmente, desde entonces no he vuelto a empeñar nada, ni mi palabra. Pero advierto que se me ha ido el santo a las regiones celestes y que aún no te he dicho los síntomas que he observado para asegurarme de que empiezo a envejecer. A ello voy.

Recordarás la predilección que sentíamos hace veinte años por las mujeres ya en sazón y un poco gordas. ¡Era la juventud! Pues bien, querido Paco; ayer al salir del Casino, fijáronse mis ojos pardos en una monísima criatura rubia que, al parecer, no habría festejado el año quince de su nacimiento. No pude contenerme. La seguí, la piropeé... y se rió de mí. ¿Comprendes? ¡A los treinta y cinco años y ya haciendo el ridículo! ¡Horrible! Indudablemente, comienzo a envejecer.

Tu atribulado amigo.

Cándido Nervión.

Madrid; primavera...

...

Madrid, Zumaya, 25-21 7,40.

Viejo. Invítote pasar temporada. Aplacarás nervios. Laurita, hija mayor, quince años, crecidísima, rubia, fina, graciosa. Acepta.

Francisco.

por la transcripción,

PABLO TORREMOCHA.



Dib. SILENO.—Madrid.

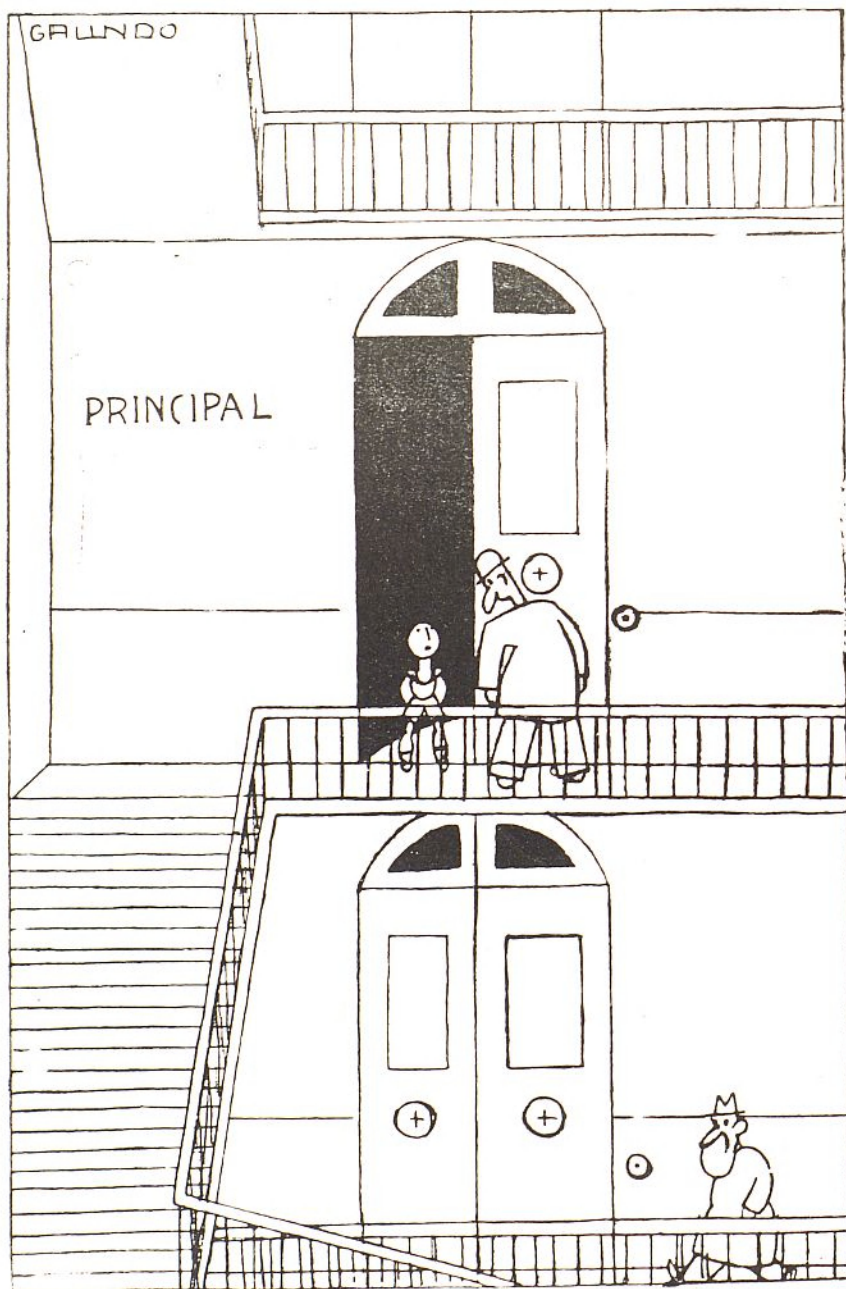
CUATRO EPIGRAMAS

I

De claridad presumía
el tabernero Godino,
y afirmaba el otro día
en tono que convencía,
que al «pan, pan, y al *agua*, vino».

II

Tuvo siempre Segismundo
la manía estafalaria,
de llevar a todo el mundo
por sistema, la contraria.



EN EL DOMICILIO DEL CÉLEBRE ORADOR

Dib. GALINDO.—Madrid.

—¿Está tu papá en casa, monín?
—Sí, señor.
—¡Oh! ¡Entonces volveré otro día!

Y en un desdichado día
cayó enfermo gravemente
de traidora pulmonía
que le atacó de repente.

Aunque en peligro se vió
pudo al fin salvar la vida,
pero del trance salió
con una pierna encogida.

La cosa es extraordinaria,
dice Segis, pero es cierto
que por llevar la contraria
cojo estoy, pero no he muerto.

En los días tenebrosos
de mi grave enfermedad,
mis amigos *cariñosos*,
con estudiada piedad

y fingida compasión,
todos exclamaban: —¡Mira;
ya no tiene salvación!
¡El pobre Segis, la estira!

Y yo, como soy así,
dije: —¿Esta gente me mata?
Pues ahora veréis; viví,
y en vez de estirar la pata,
al contrario: ¡La encogí!

III

Dice la «Ideal Dulzuras»
cupletista mala y vieja,
que todas sus partituras
por donde va, se las deja.

Y le ocurre de seguro,
cuando cambia de auditorio,
que se encuentra en un apuro
por no tener repertorio.

Hace bien, pues si gustar
no puede, a nadie, su arte,
así consigue evitar
que la pudieran mandar
con la *música a otra parte*.

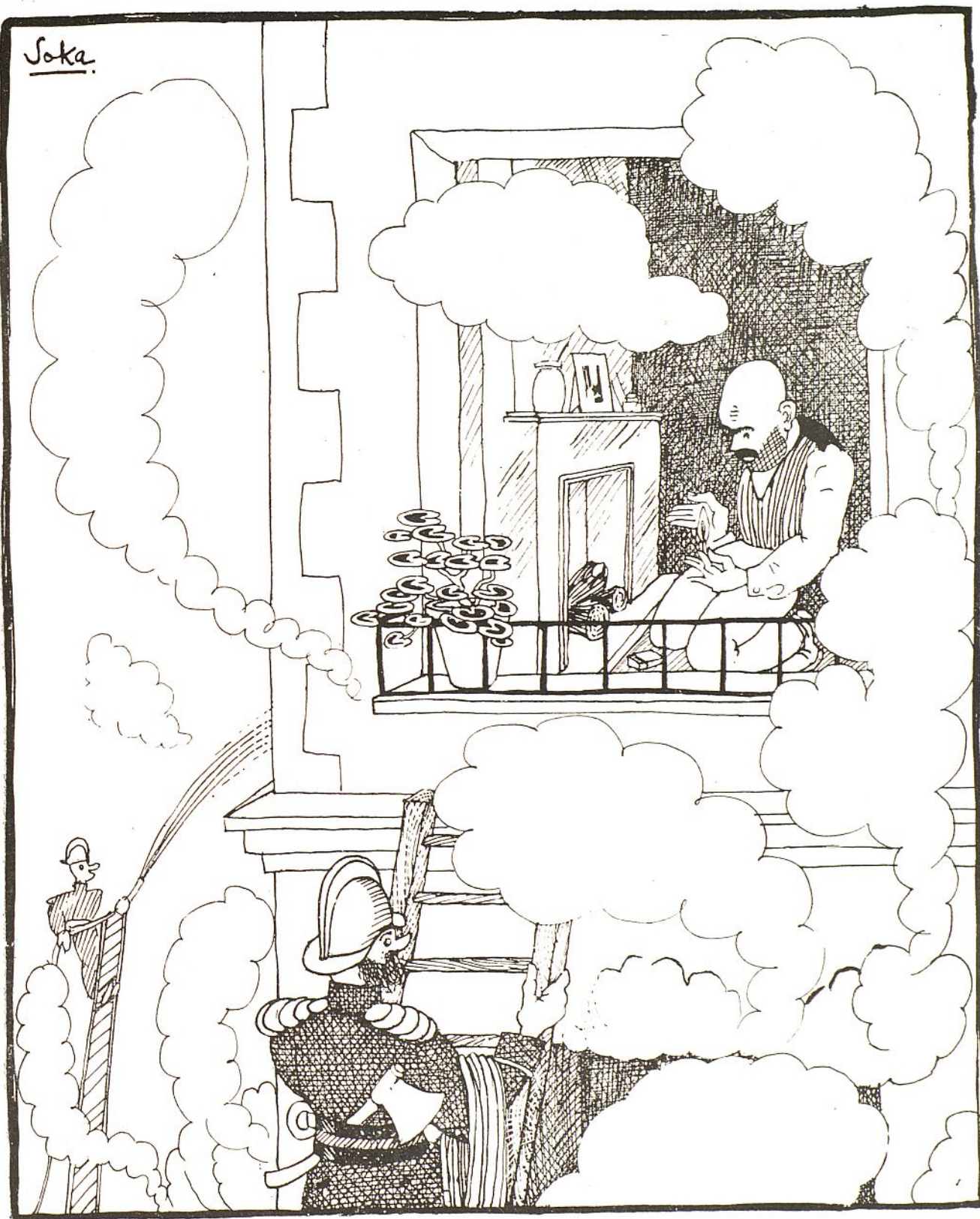
IV

Afirma mi amiga Lola
y publicarlo me encarga
que de su perro, la cola
mide dos metros de larga.

Y que no hay nadie que tuerza
esa cola de su perro
aunque tenga mucha fuerza
porque es más dura que el hierro.

Puede ser que ocurra así,
cuando Lola lo asegura,
pero me parece a mí
muy grande la *cola... dura*.

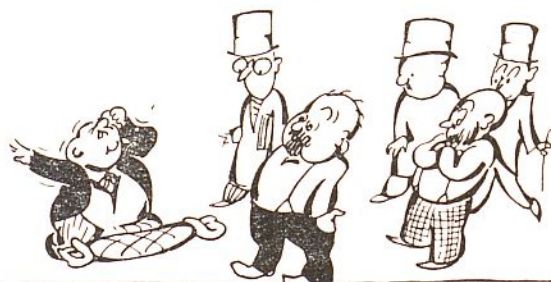
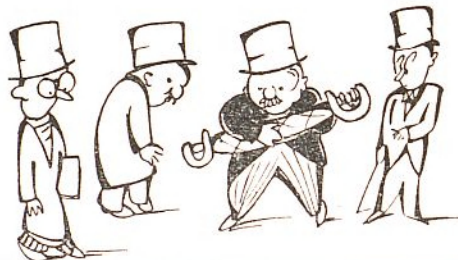
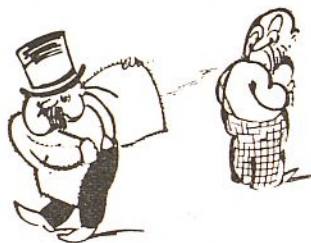
ANTONIO VARGAS



Dib. SOKA.—Madrid.

EL CRIADO (abstraído). —¡Maldita leña! ¡Cuando la da por no arder...!

UN DUELO A SABLE (Historieta de PÉREZ MUÑOZ)



UN EPISODIO ROMÁNTICO

¶ Ella era rubia, muy bella y silbaba deliciosamente. Yo era un entusiasta del pelo claro, un rendido admirador de la belleza femenina y sabía imitar a la perfección el ladrido de toda clase de perros. ¡Habíamos nacido el uno para el otro!, como dicen en las novelas de amor.

La conocí en el gabinete de espera de un célebre especialista en enfermedades mentales y nos amamos desde el primer momento. Se cruzaron nuestras miradas, a las miradas siguieron los gestos y a los gestos las palabras. Cuando agotamos éstas, que fué pronto, tornamos a la mímica. Ella me guiñó el ojo izquierdo, después el derecho, luego cerró los dos y, por último, hizo sonar sus manos en alegres castañetas, como si se dispusiera a bailar una danza regional... Al mismo tiem-

po, sus labios plegados dejaban salir un tenue y dulce silbido. Confieso que en aquel instante mi indecisión, mi duda, fué terrible. ¿Qué actitud adoptar?... Había que corresponder de algún modo a aquellas pruebas de confianza y de afecto que ella me daba, y no sabía cómo. Tras de dar vueltas a mi cerebro buscando una solución, me decidí a ladrar. El ladrido fué tan perfecto que ella rió mucho y los demás concurrentes me aplaudieron con entusiasmo. Y ya, embriagado por el éxito, abandoné mi asiento, me puse a cuatro patas sobre el suelo y, a saltitos y sin dejar de ladrar, me aproximé a ella.

—La amo a usted—dije cuando estuve muy cerca.

Y oí su voz que me respondía temblorosa:

—Yo también le amo... Voy a seguir

silbando y usted me contestará como si fuese un perro, ¿quiere?... ¡Resulta muy divertido!

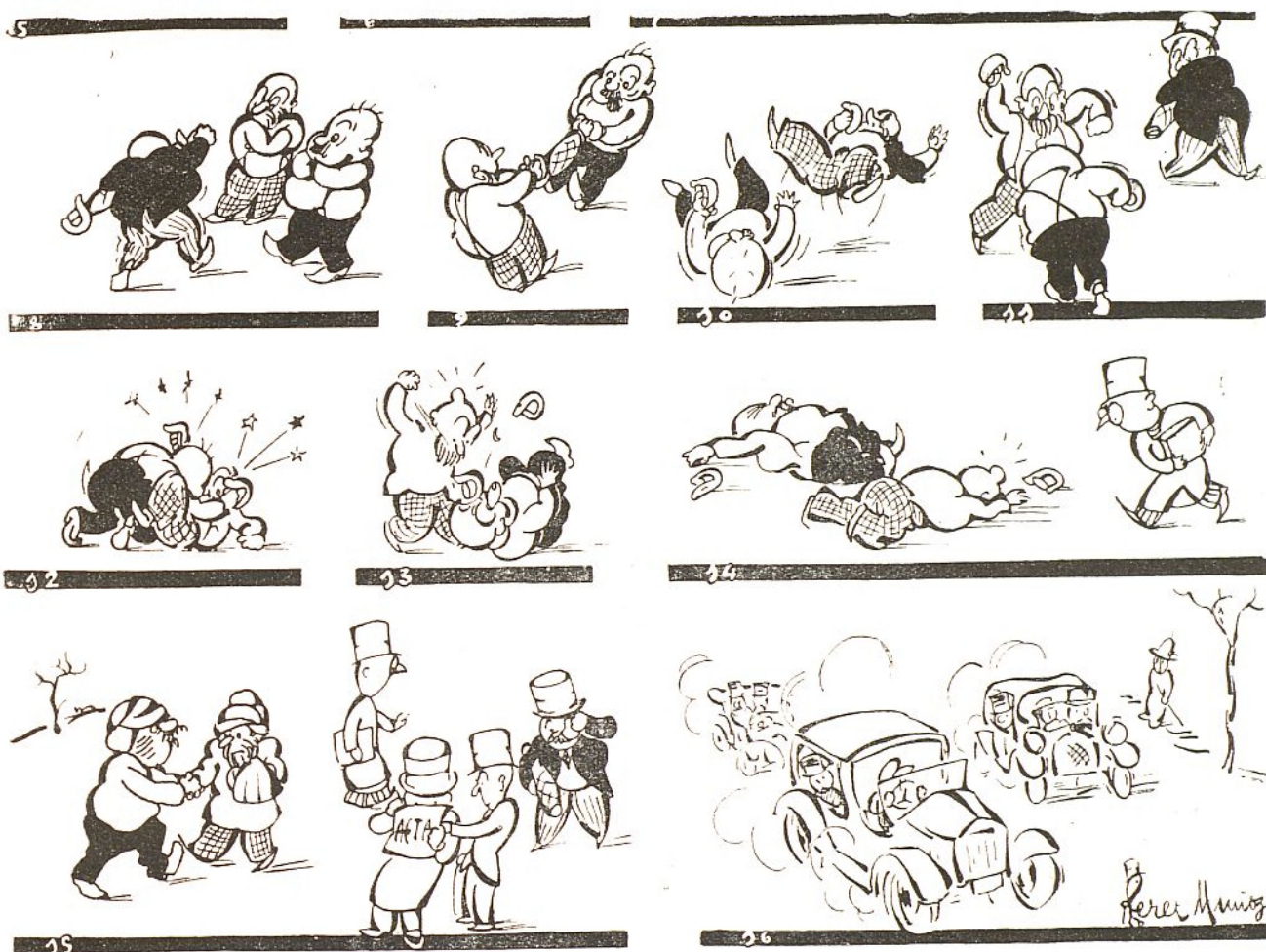
¡Habíamos nacido el uno para el otro!

...

Algún tiempo más tarde, cuando ella se cansó de emitir silbidos y yo de ladrar, decidimos casarnos... Nos casamos.

Era tan grande el cariño que sentíamos el uno para el otro, que la palabra resultaba efímera para expresarlo. Ella comprendiéndolo así, tuvo una feliz ocurrencia: la de escribir sus sentimientos en vez de pronunciarlos.

Se pasaba el día escribiendo, con una bella letra picuda, dulces palabras de amor: «Me siento completamente feliz». «Cada día que pasa te amo más». «Soy tuya, toda tuya»...



De este modo, el pensamiento era más duradero y más real que si hubiese sido encomendado a la voz.

Cuando agotó todo el papel que poseíamos, decidió, después de una pequeña duda, transcribir su pasión en las blancas paredes de nuestra casa, que, dado su gran cariño, viéronse pronto ennegrecidas por los admirables trazos caligráficos de la amada.

El comedor fué la primera estancia que se llenó con los primores de su letra. «Te quiero más que ayer», podía leerse ininidad de veces en las cuatro paredes.

La sala tuvo igual suerte que el comedor, que el dormitorio, que la cocina y que mi despacho. «Te idolatro». «No puedo vivir sin ti». «Eres mi único y verdadero amor».

Cuando sólo quedaba inmune, nfitido, el pasillo, surgió aquella desavenencia que deshizo nuestra felicidad... Fué aquel día en que, sin duda, ilumina-

nado por un espíritu maléfico, le advertí:

—Creo que vamos a tener necesidad de blanquear la casa. Las visitas se ríen de nosotros.

Jamás lo hubiera dicho. Ella me miró unos instantes, con fiereza, y repuso mascando las palabras:

—¡Está bien! Ya no me quieres, lo comprendo. No me quieres y por eso tratas de borrar las huellas de mi amor. ¡Qué miserable es tu conducta!... ¿No sabes que los egipcios grababan en las fachadas, en los muros, su historia, la narración de los hechos más gloriosos, y que los árabes bendecían y elogiaban a Alah del mismo modo?... ¿Acaso ignoras que yo, al imitarlos, no hago sino escribir también la más grande historia de amor y ensalzarte a ti como si fueras una divinidad?... ¡Ah, soy muy desgraciada!...

No quiso escucharme. Sorda a mis súplicas, cogió un lápiz y, en las nfi-

das paredes del pasillo, fué escribiendo sus últimas y terribles impresiones: «¡Te odio! ¡Te aborrezco! ¡Soy muy desgraciada!»

Dos horas más tarde, el pasillo había corrido igual suerte que el resto de la casa. Abrió la puerta del piso y prosiguió su trabajo por la escalera: «¡Te odio! ¡Te aborrezco! ¡Soy muy desgraciada!...» Los letreros se sucedían rápidos y muy pronto se encontró en el portal. Cuando hubo llenado éste, salió a la calle y principió a escribir en la fachada de nuestra casa; después, en la de la casa próxima...

La perdí de vista cuando, escribiendo, traspuso la esquina... No la he vuelto a ver. Para vengarme de ella, he mandado blanquear la casa y ahora soy yo el que la está llenando con una sola palabra: Es esta: ¡Estúpida! ¡Estúpida!...

Pero mi vida está deshecha...

J. SANTUGINI PARADA

BUEN HUMOR se vende en SANTIAGO DE CHILE en la librería "El Progreso Científico" de Ceterino Pérez R, Avenida Brasil, 58.

RAMONISMO

Un duro luciente

El humorista cuando va de comilona manda que llamen al cocinero y le da un duro.

Así los cocineros le adoran y cuando saben que está a cenar el señor del duro, escogen la pechuga del pollo, le frien el hígado del pez, le escogen la chuleta monstruo y sobre todas esas cosas vierten las grandes salsas que los dueños guardan para la boda de sus hijas, salsas tártaras, escocesas, indostánicas, javanesas.

Así cuando convida a un ministro, a un embajador o a un americano, logra encargos fabulosos, pensiones, monografías, invitaciones de los gobiernos extranjeros, pingües condecoraciones, todos por como resultan de inolvidables las cenas que da.

Un pez desconocido

Don Fulano tenía una cocinera importantísima, una cocinera con imaginación.

En las pescaderías escogía el pez más raro, en las verdulerías verduras de esas que nadie come, en las tiendas de ultramarinos las más raras conservas y los caracoles que sólo se dan en las murallas de la China.

Peró un día aquella cocinera fantástica llevó a casa de don Fulano un pez tan desconocido y con una cara de bachelier tan grande, que don Fulano lo llevó al museo de historia natural, donde lo recibieron con gran alborozo, dándole diez mil pesetas por el hallazgo.

Don Fulano al llegar a casa llamó a la maravillosa cocinera y la dió un duro para que se comprase lo que quisiera.

La mujer confiada (Folletín)

¿Era ella la confiada o era él el confiado? El caso es que los dos eran

muy confiados, pero ella sobre todo porque al verle a él tan confiado se excedía hasta provocar el espanto de los espejos.

Un día, sin embargo, le perdió un detalle, pero ¿quién iba a suponer aquello? Había enderezado las velas con pedazos de cartas de amor, ciñéndolas con sus tiras de papel en apretados corsés metido en el hueco de las arandelas.

Las velas se fueron consumiendo en distintas ocasiones en que se fundió la luz hasta que llegaron cerca del papel. Entonces, aquella tarde en que el marido estaba sólo en el gabinete de los candelabros ocurrió que al ir a cambiar las velas, el comendador tuvo curiosidad por leer lo que decían los papillotes y encontró la prueba de una infidelidad indudable.

—¡Maldita! ¡Maldito! —exclamó, y tiró los candelabros por la ventana haciendo arder la ciudad.

Falsificación de contraseñas

La espectación para conocer el maravilloso drama de don Godofredo era enorme. El año antes estaban vendidas en contaduría todas las localidades.

Llegó el día de la función. El salón presentaba uno de esos suntuosos conjuntos en que todos se miran como diciendo «¡Vaya unos espectadores que hay aquí esta noche!».

El primer acto fué clamoroso, tanto que después de bajar el telón por última vez, le quedó al autor un movimiento automático de juguete mecánico por tanto como había tenido que subir y bajar la cabeza en los saludos.

Acabado el entreacto durante el que corrió por toda la ciudad el éxito de don Godofredo, el teatro comenzó a llenarse como pila que después de des-

pachada la primer agua se inunda de nuevo otra vez.

La contraseña de aquella noche era

CALDERÓN

Los guardianes de las medias puertas recibían cientos y cientos de tarjetas de visita del gran dramático. Estaban desconcertados. Primero los de cada puerta achacaban el fenómeno a que quizás era que los que debieran entrar por las otras puertas extraban por la suya, pero de dentro de la sala vino el susto. ¿Qué pasaba? ¿Cómo podía haber entrado tanta gente?

Y seguían entrando, entrando, entrando...

Hasta que el teatro se hundió.

Greguerías

Cuando nos comemos el jamón de ese lado que alardea de pelo, parece que nos comemos un pedazo de cara sin afeitar. ¡Antropofagia!

...

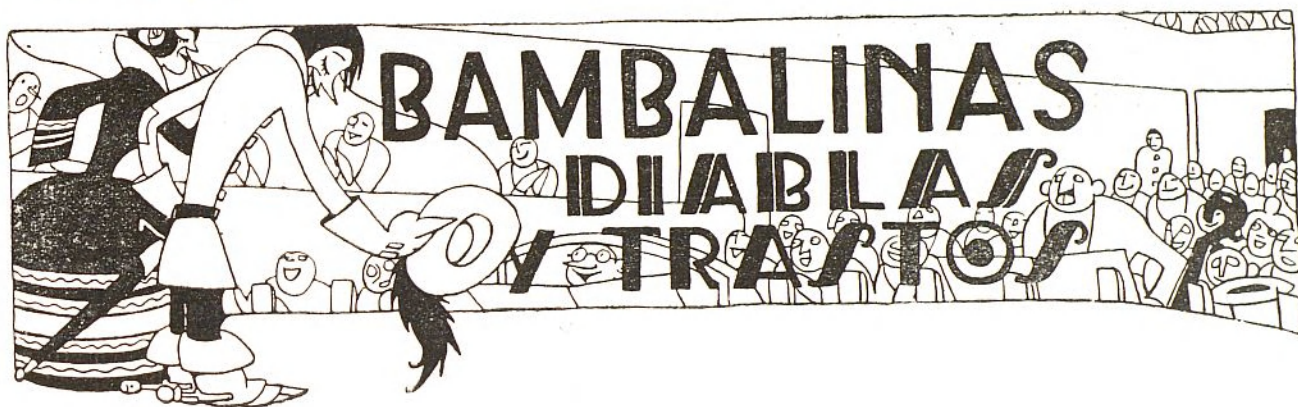
Aquel tabor para meter los paraguas y los bastones era tan estrecho, que sólo un matador de toros era capaz de meterle el bastón.

...

En la tumba del futuro rey de Egipto podrá ser depositado un termo con café y leche, para que el nuevo Tutankamen tome algo caliente el día de su resurrección.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

..	..	BUEN HUMOR se vende en PUERTO RICO
..	..	LIBRERIA CAMPOS: Calle de Allén, 23



**"Rositas de olor"
y "La Galana".**

En Apolo una obra madrileña, recién estrenada, sostiene los carteles y en el Reina Victoria, otra obra, también madrileña, se estrena con todos los honores. Madrileñismo, pues, según se sube, o se baja, de Cibeles a Sol y viceversa.

La una es obra de un gran dramaturgo; la otra de una gran dramaturga; Luis Fernández Ardavín, el dramaturgo, autor de *Rositas de Madrid*, estrenado en el Reina Victoria; Pilar Millán Astray, la dramaturga, autora de *La Galana*, estrenada en el Teatro de Apolo.

Las dos obras coinciden en reconocer que los madrileños tenemos un corazón de oro. Es verdad; pero es una verdad que me tiene con el alma en un hilo, porque estoy viendo que, dentro de poco, van a llevar los madrileños su corazón al Monte de Piedad. «A ver cuánto dan por eso.»

No quiere decirse que los madrileños no tengamos en estima el corazón y no creamos que el corazón es lo que más vale en el mundo, pero siempre se llevan a empeñar los objetos de valor precisamente. El madrileño tiene en gran estima su capa, y no por eso deja de llevarla al Monte. Al contrario, se consuela pensando que allí estará mejor conservada que en su casa. Lo mismo puede pensar del corazón: rodando por el mundo corre el corazón mil peligros. Si no lo lleva usted bien guardado y lo enseña, para que vean que es de ley, se encuentra usted en la obligación de decir: «Está a la disposición de ustedes»—y eso es arriesgado: de pronto se lo

quedan. Y si lo deja usted en casa o lo lleva muy guardado, sin enseñárselo a nadie, de pronto, se apolilla.

El madrileño puede pensar, por lo tanto, que en el Monte conservan las

y acreditado corazón de oro, para que le den a cambio unos duros. Por eso, y no por tacañería —nosotros no somos tacaños— parece que nos arrancan un pedazo de corazón cada vez que se nos llevan un duro del bolsillo. Porque en realidad esos duros son hojas ¡ay! desprendidas del talonario del Monte donde dejamos plantado el árbol del corazón.

(El Monte, lectores—dicho sea de paso—se llama de Piedad precisamente por eso; porque la Piedad es lo propio de los corazones de oro y es el corazón, el árbol del corazón—, y cuanto más de oro, más—lo que vamos plantando en ese Monte, rama a rama y tronco a tronco.)

En eso—digo—de reconocer que el corazón de los madrileños es materia pignorable coinciden las dos obras de que hablamos; pero dejando aparte ese detalle, ¡qué contraste entre una y otra! No se parecen en nada, aunque las dos parecen ser madrileñas. ¿Cuál de ellas está en lo cierto? ¿En qué consiste el madrileñismo? ¡Terrible pregunta! Nosotros, madrileños, contentos en paz vivimos siendo y creyendo ser madrileños; pero en cuanto nos preguntan: Y eso ¿qué es? ¿qué es usted cuando cree ser madrileño? En cuanto nos quieren someter a examen, ¡adiós, Madrid! Unas veces parece que el ser madrileño consiste en decir «la órdiga»; otras en hablar de Goya a todo trapo y saber el nombre de las calles de Madrid tal y como esta-

ban hace sesenta o setenta años. Pero hay, también, quien dice que no; que eso de saber las calles y plazuelas de Madrid con todas sus entradas y salidas, es más propio del Zaragozano que del Madrileño.



Leocadia Alba, en «La Galana».

prendas entre papeles y alcanfor, y en vista de eso, lo mismo que van al Monte y echan mano al bolsillo inferior del lado izquierdo del chaleco para ofrecerles el reloj, pueden subir la mano y sacar del bolsillo superior el famoso

¡Qué razón tenía el sabio cuando dijo del cangrejo aquella frase: «El cangrejo es un crustáceo, pero él vive feliz porque no lo sabe». Nosotros vivíamos felices porque éramos madrileños sin saberlo. En cuanto quisimos saberlo, ni lo supimos ni lo fuimos: quisimos ser más de Madrid y... ¡adiós Madrid! Lo de «¡conócete a ti mismo!» tiene sus quiebras graves. No hay más que ver a ciertas mujeres que son guapas. Mientras no se lo saben, vamos bien; en cuanto se lo saben, entontecen y ya no son como eran antes, guapas nada más, guapas de cuerpo entero, sino que son además tontas de los pies a la cabeza.

Con los hombres pasa otro tanto: en cuanto un hombre empieza con la cantinela de «Yo soy muy hombre», ¡adiós! Ya empezamos nosotros a no saber qué es eso.

Ya saben lo que le ocurrió a monsieur Jourdain. El pobre hombre se enteró de la noche a la mañana, de que hablaba en prosa, y ¡para qué quiso más! Lo mismo nos pasa a todos: en cuanto nos enteramos de que estamos hablando en prosa, una de dos: o nos

empeñamos en hacer prosa y no salimos ya de la prosa o nos da por creer que es demasiado prosaico hablar en prosa, y nos arrancamos hablando en verso.

Es un fenómeno que se corrobora en

teramente que el verso es el lenguaje natural de patronas, porteras, planchadoras y corredoras de mantones. Y eso es para alarmarse; porque si llega el día en que nos diga el estanquero:

Si quiere tabaco habano llévase usted esta caja; es usted buen parroquiano y se lo doy con rebaja.

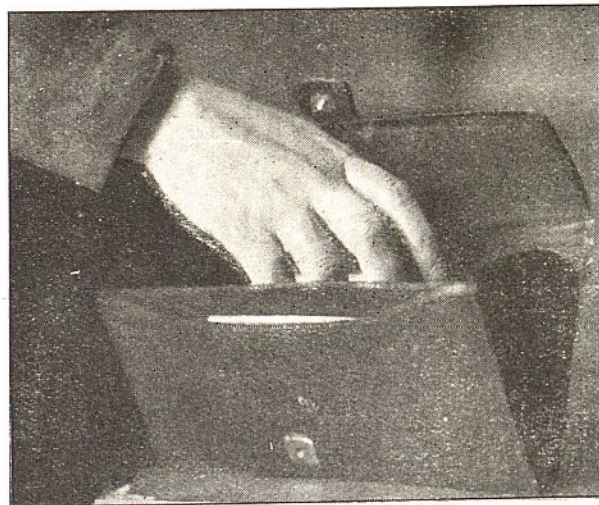
versos a los que se puede aplicar aquello de «nadie podría decir eso en prosa con menos palabras».

Si llega el día en que vayamos en busca de hospedaje y la patrona, para ensalzarnos, como de costumbre, su conducta intachable, va, se arranca por lo heroico y nos dice:

Vida honrada siempre [quiero porque yo fui siempre honravivo en un piso tercero [da; pero quiero, caballero, que me vea el mundo entero con la frente levantada.

Si llegamos a eso, ¿qué va a ser de nosotros los poetas?

Pero, en fin, mientras no llegue ese día, bueno será que los versos madrileños



Aquí está toda la obra «La Galana». ¿De quién es esa mano? ¿Del carnicero?, ¿del abogado?, ¿de la autora de «La Galana», que se ha echado galanas las cuentas y va por su trimestre? Averígüenlo los actores de Lara-Apolo, tan aficionados a toda clase de acertijos.

el presente. El Madrid de Apolo había en prosa; el del Reina Victoria—mucho más elevado: por algo está en cuesta la calle de Alcalá—todo lo habla en verso.

La prosa de Apolo, ¡re...pu...ñales, qué prosa! ¡ay, qué dios!... (nos referimos, por supuesto, al dios Apolo), ¡qué re...pi...jotero modo de hablar: todo se les vuelve: «¡recacho! ¡rejo... roba! ¡rejalgar!»... ¡Mi re... verenda abuela, qué epítetos y qué modo de re... calcar las *erres* y las *eñes* y la *jotas*!... Los madrileños de Apolo tienen el corazón de oro, pero la lengua... ¡recolada!, como para que se la re... frieguen con legía. Es una obra en *re mayor*, como ciertas sinfonías.

—Mujer—decía un espectador a su señora—, es que han nombrado a la autora coronel del Tercio y en los cuarteles ya se sabe que no se había como en un convento.

—Pero, ¡qué van a nombrar—dijo el espectador que estaba en la fila de delante—. El coronel del Tercio es el hermano; el manco; esta es Pilar, su hermana, que no es del Tercio, ni es manca, ni ese es el camino.

Este segundo espectador estaba en lo cierto. Pilar habla así porque quiere hablar en prosa.

En cambio, en *Rositas de Madrid* se habla en verso hasta para pedirle otra pieza al organillo, y con unos versos que realmente llegan a producirnos seria alarma, porque parece en-



MARÍA DE LAS RIVAS
en «La Galana».



MATILDE ARMISEN
en «La Galana».

leñistas los escriba Ardavín; que las obras madrileñas sean como esta de Ardavín, sin chulos ni desplantes; que podamos oír versos como aquellos del primer acto en donde la protagonista explica lo más difícil de explicar: lo inexplicable; su caída de mujer, tanto más humana cuanto más absurda y loca; y podamos oírseles como ahora se los hemos oído —¡prodigioso momento de actriz!— a Josefina Díaz Artigas.

ENTREACTOS

Sigamos dedicando los entre actos a Bernard Shaw, ya que sigue siendo el autor de la sanción en estos días. Una vez tuvo el autor de *Santa Juana* una pequeña



JUANITO BALAGUER, en «La Galana».

afección a la vista y fué a consultar a un oculista.

—Es un pequeño accidente—le dijo el doctor—completamente pasajero.

—¿No tengo nada en la vista?

—Nada en absoluto. Al contrario; es usted de los pocos hombres que tienen la vista completamente normal.

—¡Ah! ¿De modo—preguntó Bernard Shaw, intrigado—, que hay pocos hombres que tengan normal la vista?

—Muy pocos, sí, señor; casi nadie.

—Y yo, ¿la tengo normal?

—Sí, señor; normal completamente.

—¡Acabáramos!—exclamó Shaw—. ¡Ahora comprendo por qué no gustan mis comedias!

MANUEL ABRIL

UN SANTO FELIZ

La Prensa, según se vé (de muy anticipado modo) hoy en sus columnas todo se lo brinda a San José.

Anuncios al por mayor se ofrecen al Patriarca. ¡Podría llenarse un arca con los anuncios, lector!

«Para San José», pulseras, *pandanifas* y zarzillos.

«Para San José», bolsillos, relojitos y carteras.

«Para el Santo carpintero», ramilletes, tartas finas y estupendas golosinas que hacen rico al confitero.

«Para San José» (¡alma buena!) bandurrias y cacerolas.

«Para San José», pianolas y aparatos de galena.

«Para San José», hasta botas futbolísticas veréis.

«Para San José», jerseys.

«Para San José», pelotas.

«Para San José», cerveza, corsés y faldas de paño... (aun cuando ésto, por lo extraño, no me cabe en la cabeza.)

Y pastillas de café, y juegos de té completos, y ¿a qué citar más objetos? ¡¡Todo para San José!!

De fijo estará contento el Santo ante obsequio tanto. ¡No podrá quejarse el Santo, de nuestro desprendimiento!

Mas ésta es la duda mía; ¿cómo al cielo llegará tanta cosa como acá le ofrecemos en su día?

Y el Santo, con los cien mil objetos, ¿qué hará?... Ya sé: abrir una tienda de compra-venta mercantil;

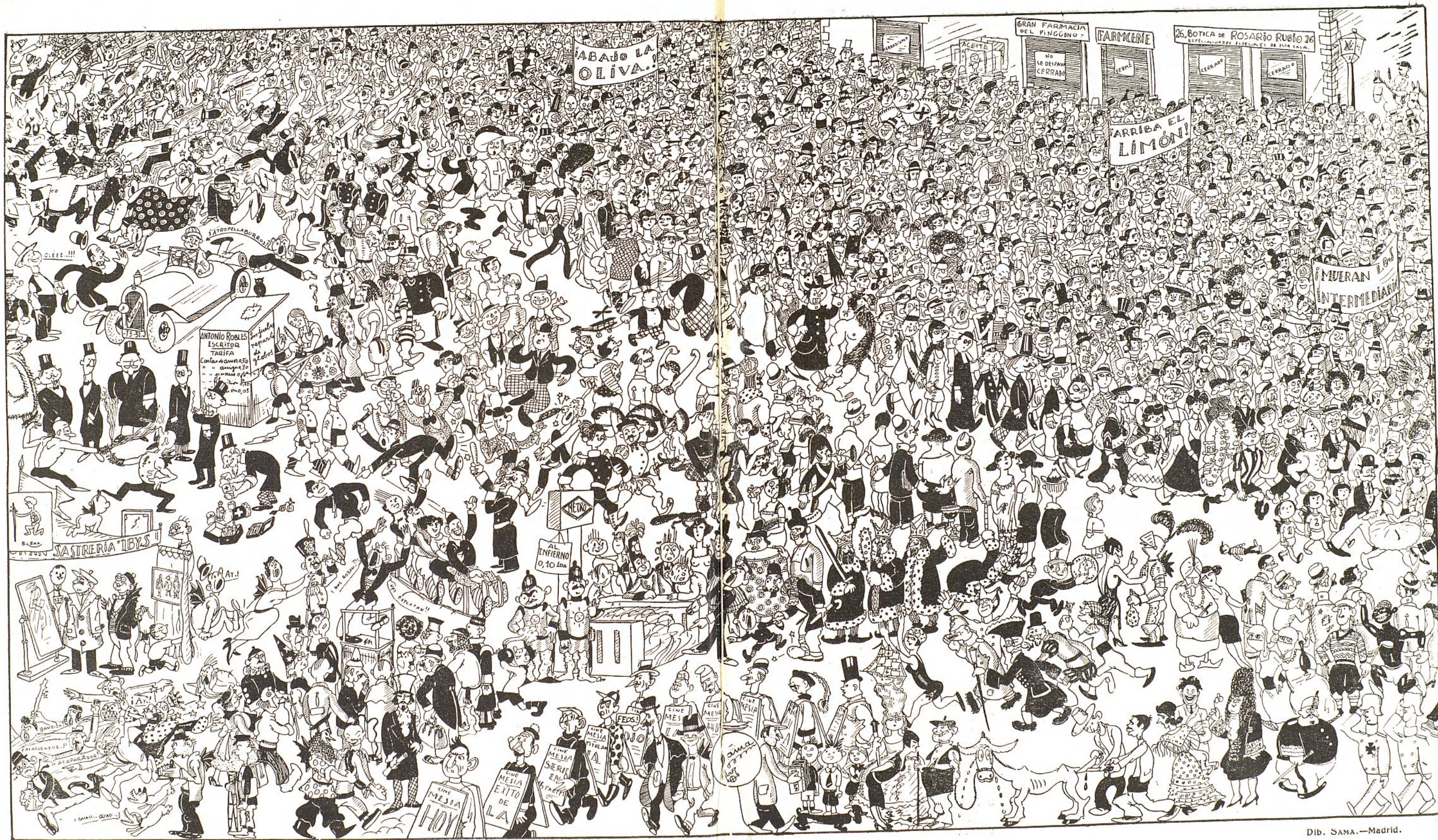
y a su lado una sin par confitería modelo, donde el tocino *del cielo* sea obligado manjar.

¡Lástima no estar, lector, allá arriba, y no, ¡rediez! aquí, donde cada vez se va viviendo peor!..

Y conste que yo, al decir «allá arriba», me refiero, no al fantástico *sendero* donde, tras mucho subir, con un valor sin segundo ínclitos aviadores, entre vítores y honores, han volado al otro mundo; sino donde acaso esté, observando a los mortales con gemelos colosales el bendito San José.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

BUEN HUMOR se vende en NICARAGUA :- D. Andrés García E., 1.ª Calle del Norte número 29 :- MANAGUA



Imponente manifestación de 1.º de Marzo, en el Purgatorio, reclamando la jornada de las doce horas y la rebaja de las subsistencias. (Véase la página primera.)

INJUSTICIAS DE LA VIDA

LOS MÁRTIRES DE LA CIENCIA

Da miedo pensar, lectores míos, en lo ingrata que es la Humanidad con las personas ilustres y talentudas que la sirven. En el mundo está visto que es una majadería ser un genio y sacrificarse por los que no lo son, porque ni se lo agradecen a uno, ni se lo pagan, ni siquiera reconocen que se lo quedan a deber y que se lo abonarán cuando puedan. ¿De qué me sirve a mí, pongo por ejemplo, escribir todas las semanas en BUEN HUMOR? ¿Qué estatua mía decora actualmente una de las innumerables calles, callejuelas, plazas y plazuelas que tiene Madrid y que tan necesitadas están de una estatua (sea la que sea) que las anime y que las elegante? .. ¿Qué banquete se me ha ofrecido a estas fechas, no obstante lo mucho que lo agradecería, porque hay ratos que tengo un hambre que me parto?... ¿Qué académico de la lengua ha votado para que yo ingrese en la docta casa, aun sabiendo lo bien que hablo el castellano, porque es público y notorio que nunca lo he querido hablar mal como pueden atestiguar las muchas personas y los muchos animales que jamás me oyeron decir *concho*, ni *rediez*, ni *me caso en tal*, ni cosas parecidas a éstas y tan protervas y nefandas como éstas?...

Pues, ¡ya lo ven ustedes!, yo no tengo estatua y la tiene el padre Mariana, que era menos padre que yo; a mí no me han dado ningún banquete y se lo dan a Flea que no hace más que cantar y no habla nunca (¿a que no le han oído ustedes una palabra?); y, finalmente, yo no soy académico y en cambio son académicas las posturas que hace *Chelito* en el escenario de Eldorado. ¿Quiéren ustedes mayor injusticia, desafuero más espantoso, menosprecio más consistente a la labor de un hombre? ¿De qué me sirve ser joven y honrado? ¿Para qué quiero yo

la pluma? ¿A qué seguir escribiendo sandeces, para llegar a este resultado tan fúnebre y desconsolador?...

Pero, en fin, no es para hablar de mí para lo que he cogido la susodicha pluma. Yo soy lo suficientemente grande para no tomar en cuenta la mala faena que se me está haciendo y el silencio desdeñoso que acoge mi trabajo cruel y sanguinario. Mi tragedia no tiene importancia en un país donde lo único que se lee con interés es la lista grande de *La verdadera Iberia*. Pero, ¡ah, señores!, hay otros hombres ilustres a los que les sucede lo mismo que a mí y que tienen mayor importancia que yo, aunque parezca imposible: y estos hombres son los inventores... No hay nada más horrendo que el espectáculo que, a diario, da la Humanidad olvidando a esos genios tremebundos que, con el fin de hacerles a sus prójimos un favor, inventaron cosas y más cosas, unas útiles, otras agradables, bastantes de ellas sorprendentes, y todas ellas necesarias... Esos mártires de la Ciencia que se calentaron los cascos en lugar de pasarse la vida en los *cabarets*, y que murieron sin haber corrido una juerga, sin haber presenciado una sola salida de los toros y sin haber sabido lo que era el amor de una modista desbocada y recalcitrante, ven hoy con dolor (desde su sepulcro los que están cadáveres, y desde su casa los poquísimos que viven) que nadie de los que utilizan sus prodigiosos inventos les dedica un solo recuerdo cariñoso.

¿Quién, a la hora de radioescuchar una lata zarzuelera, hace votos por la salud de Marconi? ¿Quién reza una salve por el eterno descanso del alma del que inventó la pólvora (que no fué Hoyos y Vinent) en el momento de pegar a su suegra un tiro eficaz? ¿Quién ha mandado en Nochebuena un pavo

o una caja de jalea, en agradecimiento, a mi querido amigo Edison por ocurrírsele que el fonógrafo sería una cosa hasta cierto punto divertida?

¿A que nadie sabe el nombre del bello sujeto que inventó el *don Nicanor tocando el tambor*, juguete que ha hecho bondadosos a todos los niños de mi generación, y a mí el primero que soy una malva?... ¿Dónde está el retrato y biografía del sabio que inventó el colchón de muelle?... ¿Qué monumento se le ha erigido al descubridor de la luz eléctrica, que es un crimen que en Madrid no tenga una estatua en la Bombilla?...

Y así podría continuar, hasta caer rendido de cansancio, si una última y suprema y mayor injusticia no dejara tamañitas a las que acabo de mencionar.

Generalmente es el olvido lo que se lamenta de la conducta de la Humanidad para con los inventores geniales y gloriosos. Pero hay un inventor que ha sido más desgraciado que todos ellos y al que no sólo se le ha castigado con el olvido: ¡el inventor del *water-closet*!...

Este hombre vino a llenar un vacío, a cubrir una de las necesidades más apremiantes del hombre... Y de la mujer... Y del niño... Hizo una cosa que, si él no la hace, no sabemos lo que hubiera sido esto...

Y asusta, aterra, horroriza, dá pánico, pensar en lo que estamos haciendo todos con el invento de aquel hombre.

No cabe infamia mayor, no hay atentado más miserable, no se ha visto acto más vandálico con un producto del genio creador de una persona ilustre...

Y el que lo haya visto, que alce el dedo...

ERNESTO POLO

ROMANCE CABALLERESCO

I

Ya los guerreros se aprestan
a dominar a los fieros
caudillos, que les aguardan
de atroz venganza sedientos.
Ya retumba en el castillo
de las armas el estruendo.
Ya la altiva castellana,
dominada por el miedo,
debajo de los colchones
esconde cabeza y cuerpo.
Su esposo marcha a la guerra
y ella suspira en silencio
porque con él se va el paje
más elegante y más bello
de cuantos en el castillo
sirven a tan altos dueños.
—¡A morir por don Enrique!—
grita enorme clamoreo
de voces acatarradas
por el entusiasmo ciego.
—¡A vencer por los pendones
que en el castillo me dejó!—
dice el feroz don Enrique—.
Doña Blanca es el primero
de los amores que guardo
dentro de mi noble pecho!
—¡A vencer por doña Blanca!—
chillan todos los guerreros.
Y como turba de fieras
que enjauladas estuvieron,
dando coces y respingos
allá van los caballeros...

II

Doña Blanca sufre y llora,
siempre debajo del lecho,
sin dar tregua a los suspiros
que poco a poco en lamentos
de dolor por su abandono
vándose tristes convirtiendo.
Dos horas han transcurrido
desde que a la guerra fueron
y tan sólo un chocolate,
media tostada y tres huevos
ha tomado doña Blanca
para alimentar su cuerpo.
Y así declina la tarde,
despacio va anocheciendo,
y la bella castellana
sigue llorando en silencio.
—¡Pobre paje! ¡Tan rubito,
tan delicado, tan tierno!
¡De todos los que la difen,
de fijo será el primero!—
Esto piensa doña Blanca,
dando suspiros al viento,
y esto el alma le destroza
en mil pedazos y medio.

III

Es de noche... En el castillo
sólo velan dos arqueros

que dejóse don Enrique
para custodia de *aquello*...
Sólo el canto de los gallos
y el ladrido de los perros
y el maullido de los gatos
y el balar de los corderos
y el mugir de algunas vacas
y los rugidos del viento
turban del antro el reposo
y el cavernoso silencio.
Pero, no... Se oye otra cosa...
El crujir de un terciopelo
que se arrastra cauteloso
cubriendo el gallardo cuerpo
de la hermosa castellana
que, al fin, sale de su encierro...
Junto al foso del castillo
un musical instrumento
hace sonar cuatro notas
en dulce acompañamiento
de una canción conocida
cantada con voz de fuego...
—¡Es él!—dice doña Blanca,
dando unos saltos tremendos.
Y sin pensar en lo que hace

hacia el muro va en un vuelo,
gritando con alegría:
—¡Sube, mi bien, que te espero!—
Los garfios de una escalera
se agarran al muro pétreo...
Se oye una voz que da el alto...
Otra voz dice *¡no quiero!*...
Silba en el aire una flecha...
Tiemblan los garfios de hierro...
Y un cuerpo que dice *¡ay!*
(con la boca) cae al suelo...

Todo vuelve a estar en calma...
Doña Blanca se va al lecho...
En las almenas vigilan
por su señor los arqueros...
Y al que cayó de la escala
que Dios le acoja en su seno...
Ni sé quién es ni me importa...
¡Pero es igual! ¡Si está muerto,
ya no puedo ser su amigo!
¿Qué más me da conocerlo?...

MORONCITO



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—Los hombres de ahora no son ca-
paces de hacer algo heroico por la
mujer como antes, en la Edad Media...
—¡Todavía se casan!

ENTRE PARÉNTESIS

EL MISTERIO DEL "CLUB-FERNANDEZ"

«No sé quién fué el inventor de los Clubs».

Sócrates.

Hoy, señores, voy a ser breve. Más que breve, rápido; más que rápido, vertiginoso; más que vertiginoso, automovilístico.

Pero no tengo más remedio que ser rápido, porque la aventura que voy a narrar requiere una concisión telefónica.

Antes que nada declararé que soy hombre poco amigo de ir al Club. Odio todos esos sitios en donde se reúnen hombres solos, en donde las horas pasan sin ser oídas, y en donde los camareros le echan siempre a uno encima el café.

Sin embargo, en cierta ocasión fui una tarde al Club Fernández.

El Club Fernández se levantaba en una calle céntrica de una ciudad moderna y ligeramente ondulada. Los socios del Club Fernández, para seguir una conducta absolutamente distinta a la del edificio, no se levantaban ni en broma.

Con esto quiero hacer ver al lector que los socios del Club Fernández eran unos seres refractarios al movimiento y al transeuntismo: aquellos caballeros, que eran tan feos como numerosos, se pasaban las veinticuatro horas del día desplomados de un modo un poco boer en otros tantos sillones de gutapercha veneciana.

Nada había suficientemente poderoso en el mundo que les hiciera abandonar semejantes posturas, como a los jugadores empedernidos de la ruleta que no quitan sus posturas ni a tiros hasta que la bola fatal y marfileña ha decidido encajonar definitivamente a la suerte.

Un día—según ya he dicho—fui al Club Fernández. Fui obligado, señores; esta es la verdad; porque aquella tarde no sabía dónde meterme y porque y en el Club Fernández me esperaba un ciudadano de naturaleza inglesa y hercúlea que me debía un pico de pesetas, que era un pico como para disfrazarse de pelícano.

La tarde en que un segurísimo servidor de ustedes irrumpió con el pie

izquierdo delante del derecho en el Club Fernández, sus socios se hallaban en la situación habitual. Tumbados en los sillones y con los pies izados sobre las mesitas de te. Realmente estas posturas no eran originales; en todas las novelas de Conan Doyle se describe así a los socios de los Clubs londinenses. La cosa tiene siempre un tufllo de Picadilly y de Trafalgar Square.

No recuerdo exactamente lo que hice en los primeros momentos de mi estancia en el Club. Acaso fui a darme una vuelta por los billares; acaso revisé unos periódicos ilustrados; acaso me dirigí al guardarropa a cambiar mi abrigo por otro de más precio, como hacen todos los ciudadanos que se acercan al guardarropa de un Club.

Lo cierto es, señores míos, que a las siete y media en punto de la tarde—recuerdo exactamente la hora, porque a las siete y media, de un modo fatal, mi reloj se detiene—, a las siete y media en punto, digo, me llamaron al teléfono.

Acudí. Esa es la verdad. Acudí presuroso, porque hablar por teléfono es una operación que me cura el artrismo.

No se me olvidará fácilmente el recado que me trajeron los hilos. Y porque no se me olvidará, ni se me ha olvidado, lo voy a trasladar a ustedes.

Mi excelente amigo Menacho me dijo lo siguiente, con una voz que la emoción desmenuzaba:

—«Mi padre acaba de morir y...»

Aquí acabó la declaración de Menacho. Y en el mismo instante, otra voz, femenina y desconocida, una voz que se cruzaba con la de Menacho al través de los hilos, habló así:

—«Sí, guapo; sí, amor mío; puedes venir. Pepe se ha ido al Club-Fernández, como de costumbre.»

Salí de la cabina del teléfono sin haber conseguido el resto del aviso de Menacho, y, cuando entré en el salón del Club nuevamente, para divertir a los socios, conté lo ocurrido en alta voz.

—Imagínense ustedes, señores socios—les dije—que una mujer que no conozco, hablaba sin duda con un amigo y ha dicho: «Puedes venir; Pepe se ha ido al Club Fernández.»

Fui a recoger el gesto alegre de los socios; pero no pude conseguirlo.

El salón del Club Fernández había quedado súbitamente vacío.

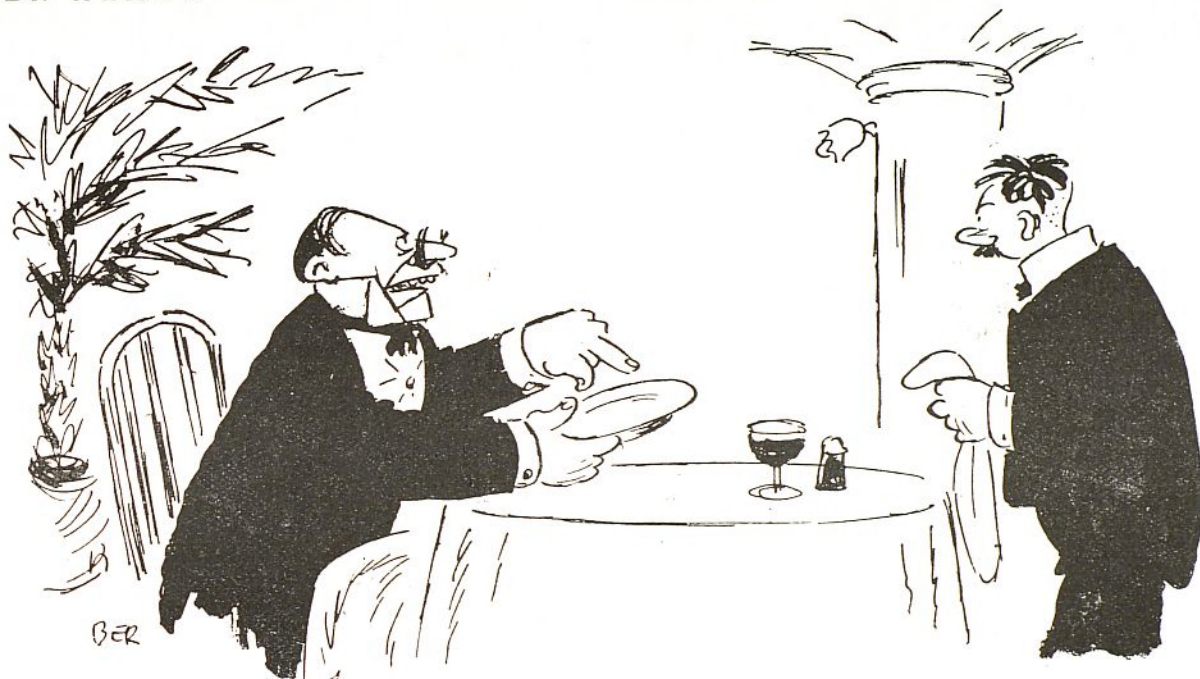
Nunca me he podido explicar ese misterio.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

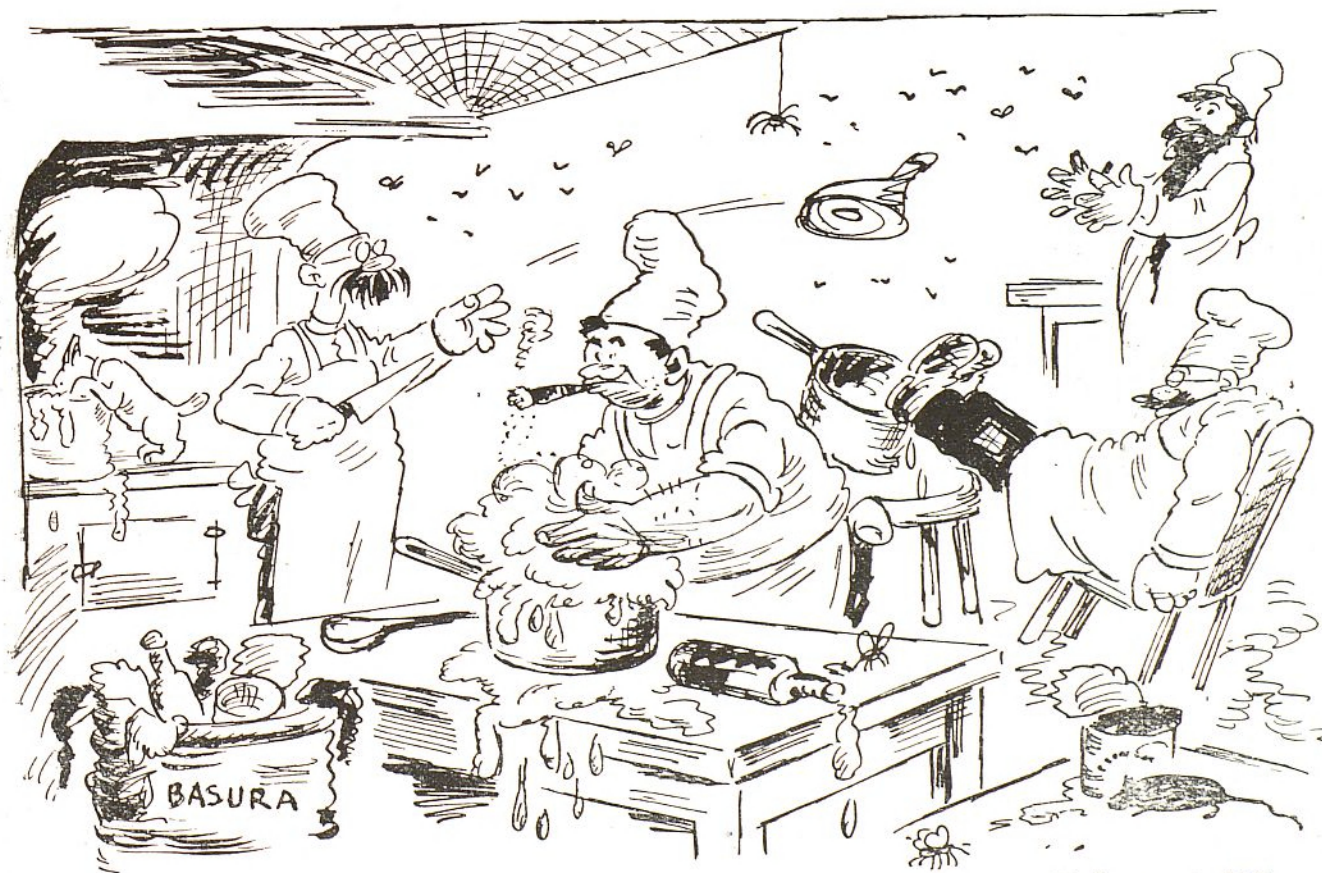


Dib.
MARTÍN
San Sebastián

—¡Vaya usted con Dios; que vale usted más pesetas que una moneda de cupro-niquel.



—¡Este plato está sucio: vaya por uno limpio a la cocina!



D.b. BERGSTROM.—París.

¡¡La cocina !...

EL CASO DE DOUGLAS

Yo no sé si el periódico americano en que he leído la noticia será una edición exótica de *Alrededor del Mundo*; yo no sé si la sección en que figuraba corresponderá a la que con despachos de nueve de la mañana publica *La Voz* cotidianamente; yo no sé, en suma, si habré traducido mal: lo cierto es que por una Sociedad Anónima de ladrones se ha querido raptar a Mary Pickford. Antes de la primavera lo intentaron ya sin conseguirlo: eso me consta porque muchos sesudos diarios españoles lo dijeron. Hoy, como ayer, su caro esposo, Douglas Faibranks, ha hecho rodear de detectives su vivienda, y hoy, como lo hubiera hecho ayer, de no habérmelo impedido unas anginas que, entonces, me tuvieron en cama, es a esas medidas de precaución, que encuentro denigrantes a las que quiero dedicar unas líneas por comentario.

Douglas, con miedo, según se deduce de los despachos, no gana nada en la consideración mundial. Si el miedo es injustificado, como ahora podemos decir que pierde notoriamente, porque, de cuantas peripecias le hemos visto afrontar victorioso, ésta, del rapto eventual de su mujer, es la más inofen-

siva. Más grave era pender sobre un precipicio, como le ví yo con estos ojos que se ha de comer la tierra mientras las fibrillas de la cuerda que le sostenía iban saltando con el roce poco a poco. ¿No lo creéis así? Pues allí estaba mi buen Douglas, satisfecho de la vida, sonriente, según acostumbra, arrancando una a una las hojas de una florecilla silvestre y preguntando a cada pétalo caído el éxito o desgracia que aguardaba a sus amores.

Y de pronto, porque unos buenos sujetos anuncian un rapto, ¿llama a la policía? Yo que me levanté en público de su burguesa entrada en los madriles, cuando nos visitó, censurándole el que hubiese bajado del tren abriendo la portezuela y aguardando con una prudencia desencantadora a que frenase, en lugar de hacerlo por la ventanilla de un ágil brinco, hallo, hoy desgraciadamente, motivo para repetir mis recriminaciones. ¿Llamar a la policía...? Pero, es que, vamos, a quien se diga... ¿Cuándo has necesitado tú de la policía? ¡No, Douglas, no! No seas tonto ni desmemoriado. Vamos a ver, ¿tienes más que repetir lo que hiciste hace poco tiempo cuando te robaron a

la que entonces era tu novia y en la actualidad es tu mujer? ¿No recuerdas? Yo facilitaré tu equivocación.

La simpática Mary estaba regando unas florecillas en su jardincito. De repente, tres hombres feos que montaban caballos blancos y hacían corcovetas y frenaban en seco, la auparon en menos de nada e indiferentes a sus gritos de angustia y a sus manotazos, se la llevaron: querían apoderarse del tesoro. Revivo a distancia, admirado Douglas, el dolor inenarrable que saberlo te produjo. ¿Avisaste acaso a los guardias? ¡Ca! ¿Qué hubiera dicho Pathé Frères? Yo, sólo, pensaste, soy suficiente. Cogiste un caballo de uno de esos puntos que tanto abundan, al parecer, en los ranchos, y siguiendo las huellas de los raptores, marchaste. La pobre Mary, tu adorable novia, yacía a la sazón en tumefacta guarida. En aquel mismo instante uno de los malos, poniendo ojillos bailadores, se acercaba a besarla, imitado, sin duda, por los espectadores de las últimas filas. Pero ¡oh cielos!, (ya aquí concluye la imitación), ¡qué espantosa bofetada le propina Mary!... El malo se iba, tembloroso de cólera, anunciando su venganza para muy en breve. Y tú, entretanto, sin perder tu peculiar sonrisa de ¡qué simpático soy! galopabas, galopabas... ¿Recuerdas aquel racimo de guindas que, al cruzar una huerta, te apeteció? En un salto prodigioso, llegaste a ellas, las cogiste, las devoraste y escupiste sus huesos, yendo a caer sobre el caballo que no había interrumpido su carrera y que la multiplicó en velocidad al sentir de nuevo en sus ijares la presión de tus piernas robustas. Así debía ser, porque, en aquel instante, penetraba el malo en la cárcel de Mary, cerrando tras sí la puerta con gesto tenebroso. Pero, un aeroplano, seguía, por cima de tí, la cinta blanca de la carretera en que galopabas. Por una de esas afinidades de espíritu tan frecuentes en tu vida, su piloto comprendió que llevabas mucha prisa y ofreciéndose de tí, tácitamente, seguro amigo y servidor, descendió unos metros, te tendió una escala y tú, abandonando la cabalgadura que regresó a su punto docilmente, subiste por ella tan tranquilo como subo yo por la escalerilla de casa cuando se fundieron los plomos de la luz y quiero reemplazarlos. Ya estaba el bandido procurando convertir la cárcel en alcoba, cuando tú llegaste. ¡Qué sencillo fué lo que pasó desde entonces!... Los bandidos eran 25. Tú caíste sobre los bandidos 1, 2, 3, 4, 5 y 6, dejándolos a poco sin sentido. Átaste a los 7, 8, y 9 sin que se despertaran. Los números 9 y 10 sucumbieron aisladamente y sin gloria. De pronto, topaste con los



Dib.
DURA H
El Escorial.

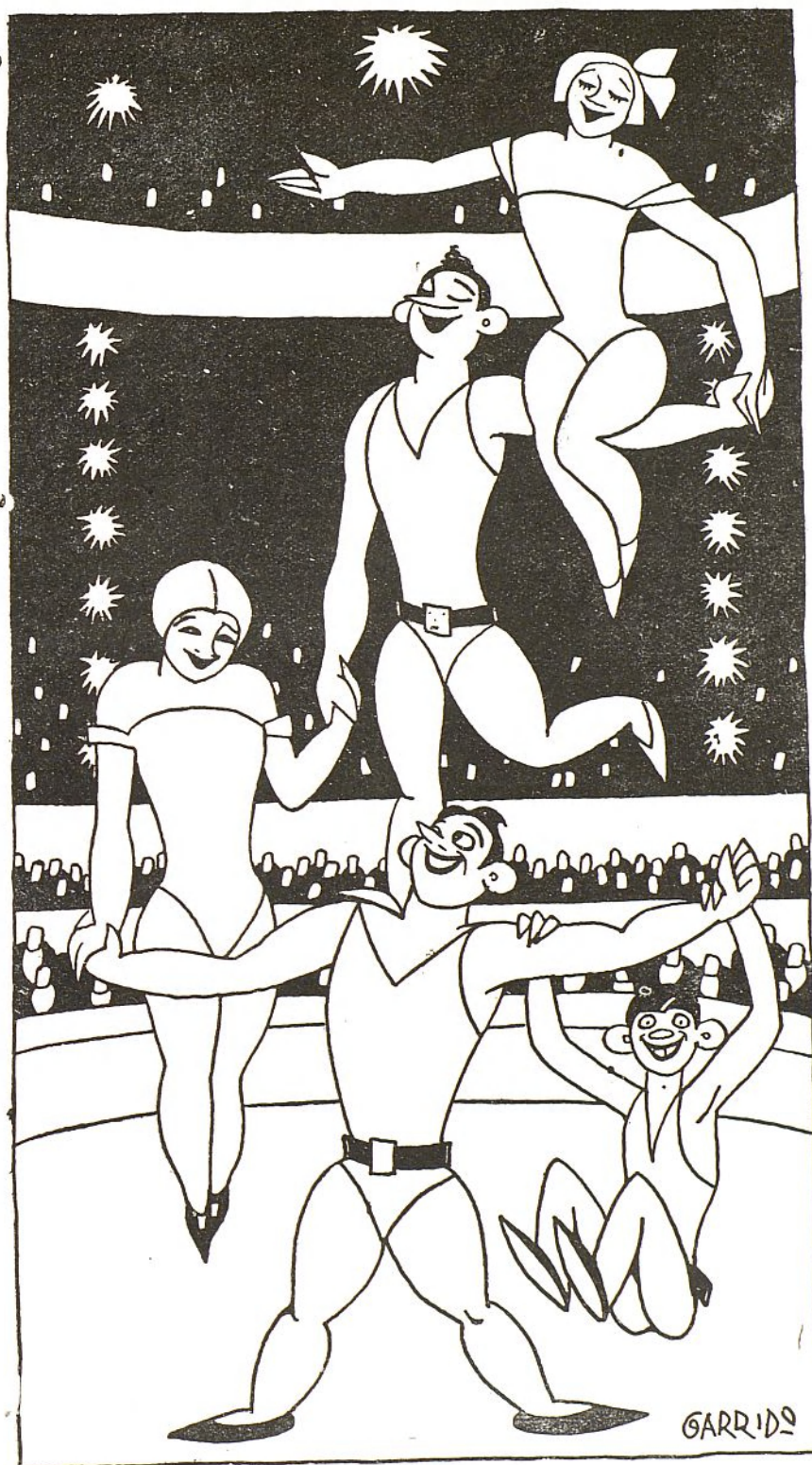
—¡Socorro! ¡Socorro!...

—¡No te apures, mujer, te ahogas en dos deaos de agua!

bandidos 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22 y 23, jugando en una habitación a la patriarcal lotería de cartones. Cualquiera se hubiera amedrentado, cualquiera que no fueses tú, valeroso corazón, espíritu intrépido que reías. Todos se lanzaron a una sobre tí. Me parece estar viéndote. Tú tumbas a dos y subes un tramo de escalera. Desde allá, lanzas una mesa que aplasta a cinco; van a cogerte los restantes y tú te cuelgas de una lámpara, trasladándote, en un movimiento de péndulo, al extremo contrario del cuarto. Allí llega un iluso y lo desfiguras, otro y tú (¡já, já!), lo agarras (¡ja, já, já!), y lo alquilas de escudo (¡me muerdo de risa!), para protegerte de los mandobles de los contrarios. Uno de ellos se lleva las manos al estómago y rueda sin sentido. ¿Tal vez un puñetazo tuyo? No, debe haber sido un cólico porque tú no has puesto tus manos sobre él. Los que quedan viendo clara y patente la de la Providencia, huyen. Douglas escucha los gritos de Mary y se encamina en su busca. Gesto de rabia de su enamorado que la tenía arrinconada y que ve se le escapa la presa, en su doble sentido. Gran pugilato del que, ¿cómo no?, sale nuestro coloso vencedor. Douglas muestra a Mary el desolador aspecto de la sala primera sembrada de fiambres, cuando el bandido número 18, el del cólico, vuelve en sí, se recobra y con un quinqué en la mano va a caer sobre la cabeza de Douglas. Intervención oportuna de Mary que lo deja seco de un pistoletazo, sin conmoverse. Salida. Ambos caminan en un sólo caballo. Puesta del sol. Sonrisas de Douglas. Miradas tímidas y cariñosas de Mary. Un ósculo. Telón.

Tú, gran hombre, hombre inmortal, hiciste eso sin llamar a los guardias ni buscar ajenas ayudas. Y ahora, ¿serás capaz de prevenirlos, de rodear tu vivienda de detectives como un burgués tímido, sólo porque te anunciaron que piensa repetir tu tentativa de antes de la primavera? No: te debes a tu tradición. Tienes un pasado glorioso que no debes manchar. Piensa en tí, en tu fama, en tu historia, en tus hijos si no fuera bastante. Sobre todo, ¿de qué te sirve llamar a los guardias? Los guardias no valen para nada y nada importará su presencia a los bandidos. ¡No los llames, Douglas, no los llames!... Procediendo así, el mundo entero estará espiritualmente a tu lado, distinguiéndote con su afectuosa simpatía. Y más de cien y doscientos maridos que verían con tanto agrado el rapto de sus esposas respectivas, seguirán los trances de la nueva epopeya que el Cielo te depara con una rabiosa envidia.

JOAQUÍN CALVO SOTELO.



Did. GARRIDO. —Madrid.

—Ya sé que le has pedido una cita a la domadora...

—¡Perdona, mujer, fué en un momento de debilidad!

EL ANEURISMA

—Una vez que el duelo se despidió, en el sitio de costumbre, Apolinar Sánchez se acercó a aquel señor pequeñito y gordo, e inquirió:

—Caballero, ¿conocía usted al muerto?

—No, señor; ¿y usted?

—Yo, sí. Era una buena persona.

—Lo creo. Todos los que se mueren son unas buenas personas: dijo el otro.

—¿Por qué dice usted eso?...

—No lo sé. Si supiese el por qué, acaso no lo hubiese dicho.

—Entonces... ¿para qué vino usted al entierro?

—Lo ignoro. Vi pasar el entierro y me dije «El pobrecillo ha muerto». Y eché a andar detrás de la caja.

Silenciosamente siguieron andando uno al lado de otro. Llovía. Apolinar Sánchez, que llevaba un paraguas, trataba inútilmente tapar a su compañero.

Este con el sombrero en la mano, el gabán entreabierto, dejaba caer el agua sobre su calva cabeza. Parecía encontrar un verdadero placer en esto.

—Yo me llamo Apolinar Sánchez—dijo el que conocía al muerto—Tengo una tienda de vinos. Conocí al pobre Augusto (q. e. p. d.) hace cinco años. Su tienda de sedas «Al dulce placer» debe toda la importancia que actualmente tiene al esfuerzo constante del pobre Augusto. Este sufrió mucho de pequeñito, lo echó su padre de casa.

—¡Ah... su padre!—exclamó el señor desconocido—¿Vive todavía supadre?

—¡Oh; sí... yo le conozco mucho...! pero no le saludo; es un perfecto canalla.

—¡Ah!... ¿le conoce usted?

—Sí; mucho.

—Me extraña... me extraña; dijo pensativamente el señor desconocido.

—¡Le extraña!... ¿Por qué?

—Verá usted... es que... el padre de Augusto soy yo.

Apolinar Sánchez contempló, ligeramente contrariado al señor desconocido.

—Debí de sospecharlo: dijo después de un rato de silencio.

—¡No se preocupe usted!—contestó su interlocutor—lo que acabo de decirle, no es verdad.

—¡Caballero; esto es inaguantable!... ¿Para qué mente usted?

—Debiera preguntarle lo mismo, señor mío.

—Bueno, bueno... No se enfade. Los dos mentimos *aprê*.

Se callaron de nuevo para concentrar toda su atención en unos charquitos próximos que felizmente, vadearon.

Apolinar Sánchez rompió el silencio.

—Señor...

—De Brecqueville.

—¡Ah! ¿es usted francés?...

—No; pero es lo mismo.

—Bien, bien... perdón, señor de Brecqueville, ¿por qué no me deja usted que le tape con el paraguas?...

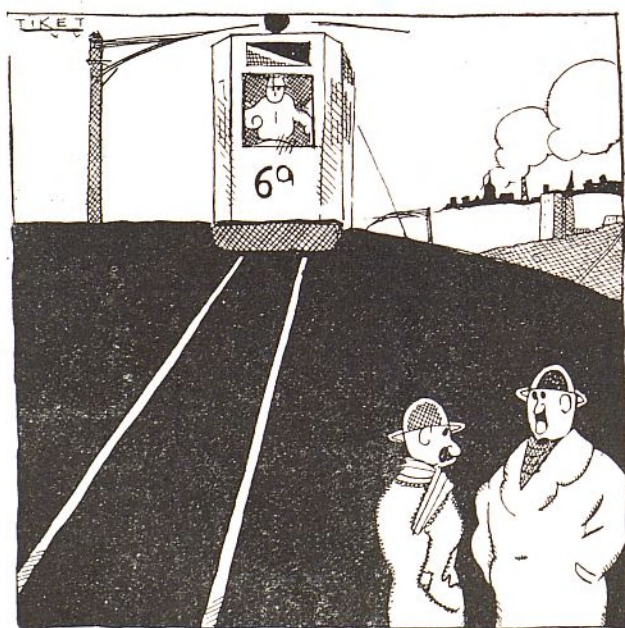
—Me molestan los paraguas—dijo lacónicamente el señor de Brecqueville.—Después explicó:

—Sí; me molestan los paraguas, tanto como me agradan los entierros. Yo vengo a todos los entierros. Nada más levantarme leo las esquelas de defunción en los periódicos y hago mi itinerario: A las tres en la calle tal, a las cuatro en la calle cual... etc. Esto me divierte sobremanera porque... verá usted...

El señor de Brecqueville quedó pensativo, como rebuscando en los cajones de su memoria.

—¿Conoce usted a Pirandello?... ¿No?... ¡Es usted un ser extraordinario!... Pues bien, Pirandello tiene un cuento en el cual nos presenta a un señor que posee un cáncer. Este señor sabe que tan solo le quedan seis meses de vida. Es un caso de muerte a plazo fijo. Este buen señor, necesita agarrarse a la vida. Y se agarra desesperadamente a esta.

Se agarra, contemplando, observando detenidamente cosas nimias: viendo cómo los horteros hacen esos sus encantadores paquetitos; viendo esas sonrisas que fluyen de sus labios al enseñar un *moiré* «finísimo y riquísimo» a la señora reacia. Yo, no. Yo me agarro a mi vida, que también se me va irremisiblemente, viniendo a los entierros, porque yo soy otro caso... Yo, caballero,—sin modestia lo digo—poseo doce enfermedades incurables y algunas más de menor cuantía. Padezco de litiasis biliar, de insuficiencia aórtica, de hiperclorhidria, de arteria esclerosis...; soy nefrítico, tuberculoso, reumático... No recuerdo más. Si tiene usted interés en conocer mis otros padecimientos puede acompañarme hasta casa y allí le haré una detallada



Dib. TIKET.—Madrid.

—Yo solo puedo vivir en los sitios húmedos.

—¿Está usted delicado?

—¡Soy acuarelista!

exposición de mis otras enfermedades.

Además y esto es lo más importante —dijo el señor de Brecqueville, sonriendo satisfecho— ¡Tengo un aneurisma! ¿Moriré ahora?... ¿Moriré mañana? Puede romperse de un momento a otro... ¡Qué deliciosa intranquilidad! ¡Qué sabroso nerviosismo! Mi caso es de muerte imprevista: Será mañana o dentro de quince años... Pero a pesar de todo sigo viviendo. Ellos son sanos, fuertes, robustos y ya ve usted: ¡se mueren tontamente!

Apolinar Sánchez después de un silencio preguntó:

—Señor de Brecqueville... y usted cree...

—Me llamo José García, amigo mío.

—Pero... ¿Entonces con qué objeto me engañó usted antes?

—Con ninguno ¡A usted que más le da!... ¿Me intereso yo acaso, en saber si en realidad se llama usted Apolinar Sánchez o no?...

—Usted perdóne... ¡Como usted quiera! Yo desearía conocer...

—Usted desearía conocer ciertos detalles sobre mi fundación «Liga pro-inmortalidad» ¿no es eso?

—No señor; no es eso, pero...

—Es lo mismo. Como yo no pienso decirle nada más que lo que me da la gana, pues... le hablaré de esto: Yo, señor Sánchez, soy el fundador, y actualmente el director de la «Liga pro-inmortalidad.» ¿Que qué objeto tiene esa liga? En primer lugar, caballero, el protestar del aniquilamiento absoluto de la muerte. Es absurdo eso de morir, es idiota eso de morir...

¡Piense usted un momentito en la muerte... Piense usted... ¿Qué siente?...

—Nada; no me hago a esa idea.

—¿Pero no se siente usted triste?...

—Hombre... sí, triste... claro...

—¡Ve usted! Usted debiera ingresar en la Liga, o por lo menos mandarnos su adhesión para la gran campaña que pensamos realizar dentro de poco.

Apolinar Sánchez prometió formalmente, enviar su adhesión.

Callaron. Se hundieron en su silencio como una piedra en el mar. Llegaban al pueblo. Próximos a despedirse el señor de Brecqueville (José García), dijo a su compañero.

—¡Ah!... Mire. Es curioso. Toque aquí (y señalaba con su dedo un punto de su cuello).

Apolinar Sánchez no tuvo más remedio que colocar allí su dedo.

—¿Qué siente usted?

—Un latido, un pequeño latido.

—Es el aneurisma. Hay momentos —este es uno de ellos— en que salta como un potro. ¡Me muerde el condeñado!... Es como si llevase ahí mi reloj de pulsera. Es un arponcito...

El señor de Brecqueville (José García), palpaba con verdadero deleite aquel bulto rítmico. Después añadió trascendentalmente:

—Bien es verdad que todos poseemos nuestro aneurisma.
Y se sonrió gozoso mientras frotaba sus manos.

...

Cuando Apolinar Sánchez llegó a su casa, pudo comprobar la desaparición absoluta de su reloj de oro, como así mismo la cadena que le portaba.

El monedero por hallarse situado al otro extremo de dicha cadena desapareció igualmente con todo su contenido —doscientas cincuenta pesetas— sin que esto quiera decir, en ningún modo, que el señor de Brecqueville (José García), hubiese tenido un verdadero interés en llevárselo.

ANTONIO ISAAC.



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

El.—¿Has visto qué facha tiene este Charlot? ¡En mi vida he visto nada tan ridículo!

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR DE BUEN HUMOR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

Apartado 12.142

MADRID

R. R. O.—Ninguna de las cosas que nos manda sirve absolutamente para nada.

R. Acevedo. Sevilla.—

Son los versos de Acevedo de los que quiero y no puedo. Quiero decir que no tienen gracia. Y puedo decirlo. Y por eso lo digo...

Los corsés y fajas, de casa de Presa, son siempre elegantes, bien a todas sientan. Y el sostén de pechos de marca Ideal, saben las señoras que no tiene igual.

Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00-M.

M. Nebro. —¿Un jitan con jota?... ¡Pero hombre! ¿En qué estaba usted pensando?... Para los gitanos lo más indicado es el garrotín. Y para los poetas malos, lo mejor es el garrotín. ¡Usted ya nos entiende! ¿Verdad?... ¡Claro que sí!

Toñete. Cervera.—La prosa ¡ole!... Pero los versos ¡hule!... Queremos decir que el artículo se ha salvado y se publicará, honor que no pueden alcanzar los versitos que son asaz medianejos y que bien muertos están.

HOMBRES MODERNOS ¡DESECHAD PERFUMES AFEMINADOS



AGUA COLONIA-EXTRACTO
LOCION-RHUM QUINA-FIJAPELO

Para Caballero

EL HOMBRE DEBE OLER COMO A HOMBRE

Frescales. Tafersit.—Ese cuento se lo lee usted a Abd el-Krim y se asaba la guerra. Me juego el cráneo.

Teniendo la tos que tienes curar no se concibe, ha de desaparecer tan sólo, tomando Jaraba ORIVE.

E. F. S. Barcelona.—Es muy poca cosa, milord. Y no lo publicamos por lo que podrían decir los lores luego de nosotros... Y de usted, que sería lo peor.

M. H. Barcelona.—Su deseo va a verse satisfecho. Uno de los innumerables dibujos que nos ha mandado, verá la radiante luz pública en las columnas de BUEN HUMOR.

A M A D O R

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 12

Lista de caballeros literatos, cuyas producciones, llámense artículos, cuentos, poesías, crónicas, anécdotas, letrillas o romances, no han conseguido conmover las fibras de nuestro pétreo corazón y han pasado a enriquecer nuestro ávido cesto.—Jesús de Layos (Navahermosa); Pope (Valladolid); Un castigador (Madrid); J. M. C. (Bilbao); F. E. (Jaén); A. M. B. (Málaga); Pepe de Almanse; A. M. (Zaragoza); M. Martín; Baturro; El Paraón Tutankamen (Valencia); L. M.^a Fernández (Madrid); Duende de Santa Cruz (Sevilla); F. Alsina (Alicante); A. Balaguer (Barcelona); J. F. P. (Madrid); Reamar; C. Aguilar (Madrid); F. G. H. (Madrid); L. S. Girón (Santiago de Compostela);

Alo (Madrid); P. S. (Madrid); Flórez-Ito (San Ildefonso); Diego de Medina; F. Barañano (Segovia); J. C. P. E. (Madrid); J. Melendo (Arcos); Tiscote; M. C. (Madrid); Angel Hito Espinosa; G. I. (Vitoria); Jonás Zanolovese (Almansa); F. Heydrich (Barcelona); Vicentius (Madrid); M. Alvaro (Madrid); Pequeñaco (Valladolid); R. Asom (Madrid); C. Cincinatti (Ciudad-Real); Juncas (Madrid); y, para terminar, porque ya la lista se va haciendo aterradora, don Cenláto Rodríguez, ilustre camelista que ni se corrige ni se enmienda y que quiere matarnos a disgustos por lo que vemos en sus contumaces y criminales versos.

CUPÓN

correspondiente al núm. 224 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea

**SENSACIONAL
DESCUBRIMIENTO**
os asombrará en breve plazo

F. M. G. Torre.—Como es natural es mejor mandarlos arrollados, y así no se estropean. Claro que a veces los estropeamos aquí del todo, al arrugarlos para introducirlos en el cesto, pero esto es prejuzgar la cuestión y no hay necesidad. Envíe lo que sea y hablaremos con la honradísima franqueza de costumbre.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, el así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número 222 ha correspondido al siguiente chiste:

Entre amigos.

—¿Oye, sabes donde se celebran todos los matrimonios?

—¡...!

—En Breve, hombre. ¿No has oído decir siempre... cuyo matrimonio se celebrará en breve... en breve se casarán?...

K.-Listo.—Madrid.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Acertijo.

—¿Cuál es la reacción más pesada que hay en la Química?

—La del cobre y el zinc porque da la lata.

José L. Feroz.—Segovia.

Un lobo descuidado

que la boca jamás se hubo lavado, a una oveja atacó con buena gana, mas se dejó sus dientes en la lana... ¡Y es que a veces los lobos no usan Licor del Polo!... ¡Serán [bobos!]

—Si uno entra en una sombrereria a comprar un sombrero y le piden cinco pesetas por él, ¿qué debe hacer?

—Pues, ¡duro y a la cabeza!...

Antonio Ramos Espinós.
Alicante

La mamá. —Si das un poco de lección al piano, te daré diez céntimos.

El niño. —Hago mejor negocio con papá, que me da veinte porque no lo toque.

Kukusklanito.—Santander.

En el teatro.

—Como ha tocado el prelude!

¡Oh! Que ejecución.

—Pero si lo ha degollado.

—Por eso digo ¡Qué ejecución!

Perico el de los Palotes.

—¿Cuál es el arma que más molesta?

—El arma-foste.

Anono.—Madrid.

—¿Ves a este señor? ¡Pues ha contribuido a enjugar muchas lágrimas en esta vida!

—¿Y qué ha hecho?

—Vender peñuelos.

Alfonso del Río.—Zaragoza.

“BUEN PROVECHO”

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes

“Los Ceas” Alberto Aguilera, 29
Teléf. 11-59 J. —

El médico enemigo de los vítores:

—Le advierto a usted, mi querido amigo, que yo nunca he gritado: viva nadie.

—Me lo imagino, señor doctor.

Alfonso Cozar.—Barcelona.

El colmo de un anarquista:

Estar a oscuras por no tener una bombilla.

R.-y.—Santiago.

CINCO PESETAS

APARATOS RADIO
sólo los vende

ROMERO

Fuencarral, 68

—¿Cuál es el colmo de un empresario?

—Tratarse con malas compañías.

Luysín.—Estación de Baeza.

—Mamá, ¿los ángeles tienen ala?

—Sí, hija.

—¿Y vuelan?

—Sí, preciosa.

—Y, ¿cuándo va a volar la criada?

—¿Por qué, hija mfa?

—Pues porque ayer oí a papá que decía a la criada: «ángel mío.»

—¡¡Pues, ahora mismo...!!

José García González.—Madrid.

El Progreso Bravo Murillo, 93 triplido.—Teléfono J. 9-6.

Andrónico Díaz Zorita

La casa más recomendable por su surtido y precios en cafés tostados diariamente, chocolates elaborados a brazo, azúcares, bombones, caramelos y tés.

Van paseando varios amigos. Uno de ellos dice, refiriéndose a un señor al que ha saludado:

—Ahí tenéis un facultativo del que no se ha quejado ningún cliente.

—¡Colchones! ¡Ese médico es extraordinario! ¿Dónde vive?

—No, si es un veterinario.

Lur Isla.—Madrid.

—¿Qué hombres del mundo tienen la boca más grande?

—Los moros, pues les han cogido dos cañones en los morros.

José Zerón.—Orihuela.

Entre amigos.

—¿Para qué has comprado esos prismáticos?

—Para cuando esté en casa mirar por ellos al revés y ver lejos a mi suegra.

B. Tresporcino.

Villareal (Castellón).

Entre madre e hijo.

La madre.—Niño, ¿Por qué después de beber no cierras el grifo de la fuente?

El niño.—Porque no tengo más sed, y como he oído decir «agua que no has de beber dejala correr»...

Pedro Pintó Pineda.—Madrid.

Mantones de Manila

Alhajas. Gramófonos

Maletas. Maletines

Compra y venta

“La Nueva Mercantil”

Plaza del Matute, 6, duplicado

—Eso no es nada... Yo he reunido hasta cinco novias.

—¿Y las visitabas a las cinco?

—No; a las seis y media.

El refaco.—Algeciras.



—¿Cuáles son los individuos que trabajan a la hora de comer?

—¡...!

—Los camareros.

GA-NI MA.—Almadén.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN

Provisiones, 12.

MADRID



De The Passing Show.—Londres.

—O quita usted el cartel o dentro de media hora han quitado toda la pintura...

INDRA PERLA

Las más acreditadas en todo el mundo.
La mejor calidad y más barata.

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

ALHAJAS

SE COMPRAN PARA CASA EXTRANJERA

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

TAPAS Para la encuadernación de "BUEN HUMOR"

Se venden en nuestra Administración,
Plaza del Angel, núm. 5.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
exijan siempre es-
ta marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



CREMA

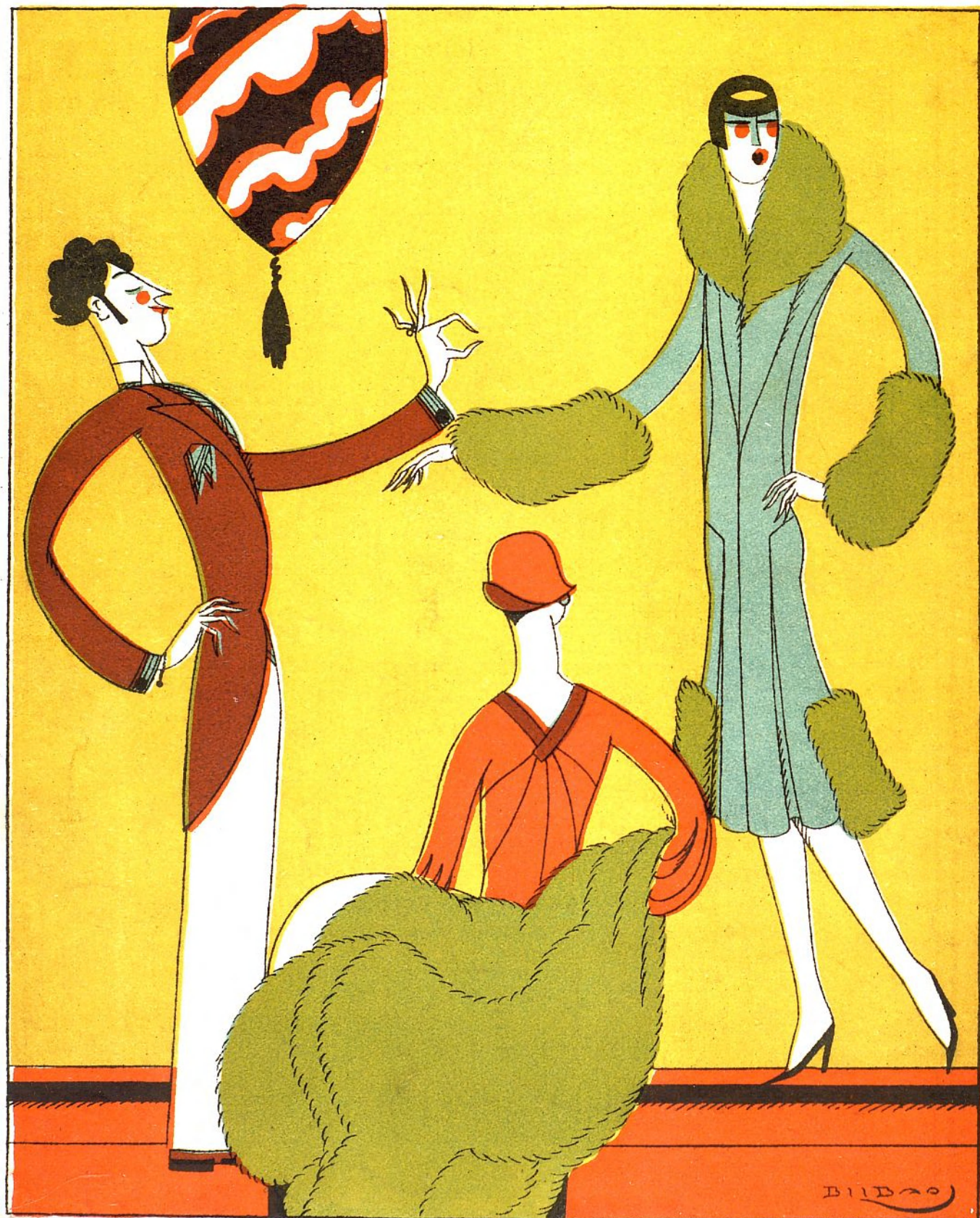
LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



Dib. BILBAO.—Madrid.

—No me diga usted señora; que este, con marmota, es un sueño.
Ayuntamiento de Madrid